

# ONVRES

## REFLEXIONES SOBRE LA MASCULINIDAD



JUSTO FERNÁNDEZ

OBERON



Los hombres nos hemos adueñado históricamente de toda corriente de pensamiento. Es nuestra estrecha y excluyente manera de mirar al mundo la que hemos convertido en doctrina, vomitando creencias, religiones, ideologías y estructuras de poder, no importa cuáles sean estas. Por eso hemos transmitido deliberada e interesadamente que las conductas, actitudes y aptitudes masculinas hegemónicas han de ser referente de toda la humanidad. El ejemplo más notorio es el de la selección del más fuerte, el capacitismo, la violencia, la desigualdad y el sometimiento inculcados como el paradigma inherente a lo humano. Y eso es tramposo y falso.

Darwin explicó el mundo como un hombre. Y los hombres aplicamos sin pudor su criterio de seleccionar al que somete y se impone con violencia, sometiendo para empezar a nuestras semejantes, que son tantas y tan valiosas como nosotros.

Nietzsche llegó a decir que las mujeres tienen el pelo muy largo y el cerebro muy corto ¿Qué valor puede tener cualquier propuesta de pensamiento sobre lo humano proveniente de alguien que cree algo así?

Buda pudo irse por el mundo a desarrollar su particular «proyecto personal» gracias a que una mujer cuidó de su hijo ¡Así cualquiera, aprovechándose de los privilegios masculinos!

Marlon Brando y Bernardo Bertolucci decidieron engañar a la actriz Maria Schneider, que por entonces contaba con diecinueve años, y emplear a traición la mantequilla como

lubricante en la escena de agresión sexual del filme *El último tango en París*. «No quería que fingiese la humillación, quería que la sintiese», admitió el director.

Siempre me pregunté por qué a Neruda habría de gustarle que estuvieras callada. Ahora conozco la razón: «El encuentro fue el de un hombre con una estatua. Permaneció todo el tiempo con sus ojos abiertos, impasible. Hacía bien en despreciarme. No se repitió la experiencia», escribió en su autobiografía. Jamás se arrepintió de ser un violador confeso.

Sobre Gandhi, el adalid de la «No Violencia», no voy a escribir yo, le dejo a Mayukh Sen en «Broadly, Gandhi was a racist who forced young girls to sleep in bed with him». Extraigo directamente el siguiente texto de ese artículo. Dice así: «Gandhi opinaba que las mujeres abandonaban su humanidad en el momento en que sufrían violación a manos de un hombre. Creía firmemente que los hombres no eran capaces de frenar su impulso depredador básico y que las mujeres eran las responsables de estos impulsos, quedando a su merced. Su visión de la sexualidad femenina era igualmente deplorable. Según Rita Banerji en su libro *Sex and Power*, Gandhi consideraba la menstruación como la manifestación de la deformación del alma de la mujer por su propia sexualidad. También consideraba el uso de anticonceptivos como una llamada a la prostitución». En definitiva, Gandhi se interesó exclusivamente en la práctica de la no violencia entre machos, porque contra las mujeres, esos seres pusilánimes e incompletos, no le parecía relevante y, según su propia biografía, actuaba en consecuencia.

Podría seguir desmontando uno por uno a la inmensa mayoría de los hombres supuestamente notables e ilustres. Es obvio que la maquinaria patriarcal nos ha «domesticado» hábilmente, inoculándonos su estructura y jerarquía de valores masculinos para admirarlos y elevarlos a la categoría de referentes. Son mitos masculinos que nunca debieron haberlo sido. La razón

de este necesario ejercicio de desmitificación es simplemente que estos hombres despreciaban sin ambages a la mitad de la humanidad, a las mujeres. Es motivación más que suficiente para echar abajo sus pedestales.

De lo que no cabe ya ninguna duda es que todas las disciplinas, sin excepción —ciencias, cultura, arte, religión, etc.—, están contaminadas de tóxica masculinidad, violenta y supremacista. Y son muchas y muy graves las consecuencias de este histórico liderazgo referencial de monocolor masculino hegemónico. Consecuencias interesadamente tergiversadas y ocultadas por la estructura masculina de pensamiento único. El más notorio es sin duda la ocultación del hecho incontestable de que la violencia sí tiene distribución por género. En el año 2018, en España, según datos provenientes del Consejo General del Poder Judicial publicados por el INE, el 80 % de los delitos condenados, casi medio millón, en todas sus formas y tipos —homicidios, violaciones, abusos, robos, corrupción, falsedad, violencia, etc.—, fueron cometidos por hombres. Y a nadie se le escapa que las condenas son solo la punta de un iceberg de una realidad de crueldad y violencia sumergidas, de autoría con igual distribución estadística. Escalofriante.

Yo no sé si la vida es de color de rosa, lo que sé es que no es azul. Pero que una repugnante conducta esté normalizada o responda a un condicionamiento, no exime de responsabilidad alguna a quien de esa forma actúa. Y una vez que se es plenamente consciente de ella surge la voluntad de reparar el daño y de pedir perdón. Es ahí donde nace la energía para la transformación. Por eso todos los hombres hemos de pedir perdón en conciencia.

Perdón porque cada minuto de nuestras vidas formamos arte y parte de esta barbarie insoportable de sometimiento patriarcal y machista.

Perdón por participar confortablemente acomodados en este perverso sistema.

Para empezar, deberíamos pedir perdón por aceptar votar en una supuesta democracia sabiendo que no se garantiza la paridad —por lo tanto no hay tal democracia—.

Perdón por acudir a iglesias donde el Papa solo puede ser hombre.

Perdón por aceptar un rey que tenía que haber sido reina.

Perdón también por recibir un salario —injustamente más alto que el de ellas— trabajando en empresas donde los Comités de Dirección, quienes toman las decisiones, son mayoritariamente hombres.

Perdón por llevar a nuestros hijos a colegios en los que sabemos que serán sus madres quienes nos representarán y se currarán las AMPAs.

Perdón por alardear de nuestros logros personales, sabiendo que han sido ellas las que, mientras los obteníamos, han criado a nuestras hijas e hijos.

Perdón también por estar a diario rodeados de patanes y babosos machirulos y no atrevernos a decirles ni esta boca es mía.

Perdón por haber pensado —y dicho— tantas veces aquello de «Not All Men», a mí no me señales.

Perdón por creernos que como no somos «La manada» no tenemos por qué pedir perdón por nada.

Perdón por creernos con soberbia masculina que estamos limpios de machismo.

Y, sobre todo, perdón por no haber pedido perdón todavía.

La realidad nos está diciendo que la cooperación, la simbiosis, el mutualismo, la inclusión y la colaboración entre iguales es el modelo trascendente, nada masculino y profundamente humano al que tiene sentido dirigirnos, pero nosotros seguimos

caminando en dirección contraria, tras el mandato de nuestro hemisferio-pene-izquierdo. Por eso ahora, querida lectora, querido lector, es tiempo de feminismo. Es tiempo de esperanza. Es el momento de que sean ellas quienes transformen la manera en que el mundo mira al mundo. Nuestro tiempo de liderazgos, machoalfismos, arengas, peroratas y grandilocuencias masculinas ha expirado. La revolución será feminista o no será.

Ya hemos padecido 12 000 años de mente patriarcal. Ha sido más que suficiente.

## CÓMO ERAN LAS COSAS CUANDO FRANCO

Cosas que yo he visto con estos ojos —entonces de niño— no hace tanto, en los tiempos de cuando Franco, tiempos para algunos añorados:

He visto a un hombre, profesor de EGB, fumando en su casa y tirando la ceniza al suelo mientras su mujer iba detrás barriendo.

He visto a un hombre sacar del coche arrastrándola por los pelos a su pareja, tirarla al asfalto y molerla a patadas en el estómago. Las muchas personas adultas que observaban no hicieron absolutamente nada.

He escuchado a diario y durante años a un vecino, también maestro de escuela, llegar borracho a su casa y golpear sin descanso a su mujer y a sus tres hijas. No puedo olvidar sus gritos. Ocurrió durante años.

He visto a ese mismo vecino maestro en una de sus clases destrozarse a hostias, con el puño cerrado hasta hacerle sangre, a un alumno, un chaval de trece años, en mi presencia y la de todas y todos mis compañeras y compañeros. Nadie dijo nunca

nada. Tenía una regla de madera con la que te reventaba las yemas de los dedos con las uñas hacia arriba.

He sabido de un cura, profesor de religión en un colegio de curas, que tocaba, sobaba y abusaba en público y en privado de sus alumnas sin que absolutamente nadie pudiera hacer nada. Todo el mundo lo sabía. Cuando se jubiló se le rindió un elevado homenaje.

Me han contado extraños viajes a Londres de chicas jóvenes y he aprendido lo que es casarse de *penalty*.

He visto mujeres y madres esclavas de sus maridos y de sus hijos. Las llamaban amas de casa. Nunca se quejaban. Muchas apenas hablaban.

He visto tantas cosas no hace tanto.

Y todo esto a diario, en solo mis primeros diez años de vida, nací en 1965. Y cuando les he preguntado a ellas, me han contado que era infinitamente peor antes de que yo existiera. Una cotidianidad que solo se puede recordar con nitidez si tienes memoria morada. Así era la vida de entonces, cuando Franco, el mundo en que yo me crié y que algunos tanto añoran todavía, incluso vocean su nostalgia desde el escaño que ocupan en el Congreso de los Diputados.

Y en este contexto de recuerdos biográficos de un pasado antidemocrático, me gustaría preguntar a los hombres «progresistas» de mi edad —y de la tuya— si cuando hablamos de la barbarie fascista de la dictadura, los fusilamientos, los paseillos y las cunetas, también tenemos que contarlos de forma suave, comprensiva y justificadora como muchas veces hacemos y pedimos hacer con la «otra barbarie», la provocada por nuestra masculinidad machista, misógina y violenta cuyas intolerables consecuencias pueblan nuestras biografías.

En mi opinión, la imprescindible memoria histórica ha de hacerse en todos los ángulos de opresión social e injusticias. Y

en lo referente al supremacismo opresor y explotador de la masculinidad sobre la otra mitad de la sociedad es igual de imprescindible y aplicable el ejercicio de higiene histórica reparadora. Cuando no, mucho más. Obviamente, la propuesta no es promover odio y culpa, no aporta nada ese ángulo *pseudo-moralista*. La motivación ha de ser la misma responsabilidad social y política que con otras memorias hasta ahora igualmente mal escritas.

Los hombres hemos de visitar la historia personal y social de la masculinidad con honestidad, con perspectiva de sexo-género, contándola en primera, en segunda y en tercera persona masculina del singular y del plural. En la persona que nos corresponde, la de victimarios. Esta ha de ser nuestra obligada aportación para avanzar hacia la anhelada República Feminista.

